

mente á este propósito, que la recomendacion que Isidoro hace á nuestro Santo, no supone que no participase antes de la sagrada comunión; porque no hay ninguna probabilidad de que permaneciese sin comulgar durante los sesenta años que duró la tentación. Pero es de creer que por un santo respeto y un temor fundado en la convicción de su indignidad, que sentía más con las violentas tentaciones de que se veía agitado, no se atrevía á acercarse á ella tan frecuentemente, como lo hacían los otros solitarios. Desde este tiempo Moisés gozó en su celda de la paz del alma por la cual suspiraba hácia tanto tiempo, y dos ó tres meses despues que San Isidoro le hubo dicho lo que acabamos de referir, habiéndole visto de nuevo, le preguntó si era ya atormentado por el demonio; á lo cual respondió: « Desde el momento en que robasteis á Jesucristo por mí, nada más me ha sucedido semejante. »

Dios, que purificaba la virtud de Moisés por medio de estas tentaciones le castigó tambien para su enmienda en una ocasion de un modo muy humillante. Casiano lo refiere en estos términos: « Moisés, que moraba en el desierto de Scetú y ffalamo, era un hombre incomparable y de una virtud singular; pero habiendo dicho una palabra un poco agria al abad Macario, y habiéndose calentado contra él para defender una opinion sobre la que tenia prevenciones, fué entregado á un horrible demonio; pero Dios hizo ver por una pronta curación y por aquel de quien se sirvió para procurarla, que no le habia castigado sino en su misericordia, á fin de borrar al instante la mancha que aquella falta, que solo duró un momento, hubiese podido imprimir en su alma; porque el santo abad Macario prostrándose en tierra y rogando á Dios por él, fué escuchado en el acto, y echó en el mismo momento de Moisés á aquel espíritu que le atormentaba. »

Tales fueron los combates que este santo tuvo que soste-

ner; tales las humillantes tentaciones que tuvo que vencer; lo cual sirvió para establecerle sólidamente en las más eminentes virtudes y le atrajo aquellos dones celestiales con que fué enriquecida su alma. Despues de sus victorias tuvo un imperio tan grande sobre los espíritus malignos, que era el terror de ellos segun refiere Sozomeno, y que los despreciaba tanto, dice Paladio, quanto hacemos poco caso de las moscas en invierno. Así que cuando ellos se presentaban, como sucedía frecuentemente, dirigíanle mil imprecaciones, y se veían obligados á confesar que les habia vencido. « Nada podemos ya contra tí, le decían; porque cuando nosotros queremos echarte en la desesperación, tu te levantas; y cuando queremos tentarte de vanidad, tu te humillas de tal manera que ninguno de nosotros puede acercarse á ti. »

Esta conducta del Santo, con la cual los demonios, segun su propia confesion, estaban desconcertados, puede servir de modelo á las personas á las cuales tientan, ya de descorazonamiento ó ya de presunción; y ella nos enseña cómo debemos oponer la consideración de la bondad de Dios á la tentación del descorazonamiento, y cómo debemos combatir la de la vanidad, humillándonos profundamente por la vista de nuestras faltas y de nuestra fragilidad.

Si San Moisés no se dejó abatir jamás por el recuerdo de sus primeros desarreglos, recurriendo sin cesar á la misericordia de Dios, fué tambien muy necesario que se apartase de los sentimientos de vanidad por la gracia que Dios le habia hecho de perdonarle sus crímenes y por las que continuo haciéndole; porque fué levantado á una alta contemplación y recibió el don de profecía como lo diremos pronto; pero era tan humilde que en cualquier prueba en que se le puso, se le halló siempre dispuesto á humillarse más y más; y prefirió pasar por un insensato que no ser

espuesto á las señales de estimacion que queria darse á su reputacion y á su mérito.

Los admirables progresos que habia hecho en las virtudes religiosas, juntamente con los dones extraordinarios con que Dios le habia favorecido, le hicieron merecer un lugar entre los más ilustres Padres de la soledad. Pué elevado al sacerdocio y hecho sacerdote de los solitarios de Sceté por el patriarca de Alejandria; probablemente dice Tillemont, por Téofilo, que fué hecho Obispo en 385. Cuando el arzobispo le hubo ordenado de sacerdote y vestido los hábitos blancos, díjole, haciendo sin duda alusion por este contraste á la negrura de su cuerpo: « Moisés, ahí heos hecho del todo blanco. A lo cual respondió: « Ya lo soy, padre mio, verdaderamente en lo exterior; quiera Dios que lo sea tambien en el interior. » El mismo Patriarca, queriendo probar su humildad, ordeno á los eclesiasticos que cuando viniese al altar le arrojasen, y le echasen en seguida sin demostrar nada en el semblante, para ver lo que diria. Ejecutaron esta orden cuando llegó y le dijeron bruscamente: « Salid de aqui, Etiópe. » « Tu no tienes más que lo que mereces; porque no eres un hombre y has tenido la temeridad de mezclarte entre los hombres. »

Tuvo tambien lugar una asamblea en Sceté y queriendo los ancianos probar igualmente su virtud, dijeron en alta voz apenas se presentó: « ¿ Porqué se atreve este Etiópe á venir con nosotros? » Él no dijo una palabra; y como le preguntasen despues de la asamblea si se habia alterado con lo que le habian dicho, respondió con aquel versículo del salmo: *He sido turbado y me callé* (Psal. 67, 5.) El Gobernador de la provincia habia oido hablar de él tan ventajosamente que fué a Sceté para verle. Alguien le advirtió de su próxima llegada y al instante salió de su celda para ir á esconderse en la laguna. Precisamente encontró en su camino al Gobernador, el cual no conociéndole, le

preguntó en dónde estaba la celda del abad Moisés. A lo cual respondió él: « ¡ Oh! ¿ Porqué os molestais en buscarle? Es un insensato (Vit. Sti. Boll. P. 221.) El Gobernador quedó admirado de esta respuesta: se fué á la iglesia de Sceté, y lo refirió á los eclesiásticos, los cuales se incomodaron mucho de que de tal manera se hubiese desacreditado al abad Moisés, cuya virtud merecia tanta veneracion. Dijeron al Gobernador: « Pero ¿ cómo era aquel que os ha hablado tan mal de un hombre tan santo? » — « Es, les respondió, un anciano que es alto y negro, y que lleva vestidos viejos... Con estos indicios reconocieron que era él mismo, y dijeron al instante: « Es el mismo abad Moisés quien os ha hablado de tal manera, porque ha querido evitar vuestra visita. » El Gobernador volviöse muy edificado de su humildad, que le hacia huir con tanto cuidado las honrosas visitas.

Es propio de las almas humildes el ser caritativas, y compadecerse de las debilidades de los demás. El abad Moisés dió de esto más de una prueba por la caridad con la cual recibia á los que recurrían á él. Veremos en la *Vida de San Arsenio* lo que fué revelado á un anciano sobre la conducta tan diferente de aquellos dos santos, aun cuando cada uno estaba animado por un principio de caridad. San Arsenio, llamado por Dios al reposo de la contemplacion, no recibia facilmente las visitas, y guardaba con frecuencia un profundo silencio cuando se le iba á ver. San Moisés, por el contrario, recibia á sus huéspedes con grandes muestras exteriores de caridad y se entretenia con ellos sin pesar en las cosas de Dios. Pué pues revelado á aquel anciano que San Arsenio era conducido por el espíritu de Dios con gran silencio y reposo, y que unos angeles llenaban de miel la boca de San Moisés en el ejercicio de su caridad.

Dióse cierto dia una orden en Sceté, de que se ayunase

toda la semana hasta el domingo. Por aquel tiempo vinieron de Egipto unos hermanos para ver al abad Moisés, quien les hizo cocer alguna cosa. Los solitarios vecinos viendo salir humo de su celda, advirtieron de ello á los eclesiásticos que conocian bastante su piedad y su austeridad para persuadirse de que habia hecho aquellos aderezos para él. Dijeron á aquellos solitarios que ya le hablarian de esto cuando fuese á la iglesia, y el sábado cuando fué á ella, habiendo sido probablemente instruidos de lo que habia, le dijeron en presencia de todos: « Padre mio, parece que no habeis observado el mandato de los hombres, pero esto ha sido para guardar más fielmente el de Dios.

Dicese tambien á este propósito (Vit. PP. l. 5. lib. 334), que habiendo un solitario de Sceté caido en una falta, se juntaron los ancianos para decidir entre ellos sobre lo que tenian que hacer. Moisés fué invitado á asistir á la asamblea; pero se escusó hasta tanto que el sacerdote le hizo decir que entrase y que todos los hermanos le aguardaban. Salió de su celda y se vino, llevando en su espalda una cesta llena de arena. Los hermanos que le salieron al encuentro, viendo aquella cesta, le preguntaron qué queria hacer de ella. « Estos son, dijo, mis pecados que yo llevo detrás de mí y que no veo ¿ y me hacen venir aqui para juzgar los pecados de los demás? Esta humilde dulzura hizo que se usara de indulgencia para con el culpable y que se le perdonase su falta.

Dijimos que Dios le habia favorecido con el don de profecía. Un solitario de Sceté muy entrado en edad, cayó en una gran enfermedad, y so pretexto de no ser cargoso á los hermanos que le servian con mucho cuidado y caridad, quiso ir á Egipto para hacerse cuidar. San Moisés procuró disuadirle, y le dijo que si fuese allá volveria cargado con algun gran pecado. A lo cual el enfermo respondió con un aire de tristeza: « ¿ Cómo, padre mio, me decis esto?

¿ No veis que mi cuerpo está tan abatido que parece medio muerto? » Y sin querer acceder á su consejo, partió para Egipto. Fué recibido allí con mucho gusto por los habitantes del lugar en que se retiró, y se le hicieron grandes ofrecimientos de servicios. Finalmente se repuso poco á poco; pero todavia no lo estaba del todo cuando cayó en el caso escandaloso que San Moisés le habia predicho. Dios le concedió sin embargo la gracia de entrar dentro de sí mismo. Volvió á Sceté y se presentó á la iglesia de los solitarios en un dia de fiesta en la que estaban todos reunidos y les confesó su falta. Ellos no pudieron verle en aquel estado sin juntar sus lagrimas á las suyas. Por lo cual él les dijo: « Hermanos míos, estad pues muy sobre aviso porque mi vejez no me ha impedido caer en una tal falta y rogad á Dios por mí. » Despues de esto se retiró á su celda y empezó á vivir de nuevo como lo habia hecho antes de su miserable caída.

Es tiempo ya de pasar á hablar de la dichosa muerte de Moisés la cual puede haber tenido lugar á fines del siglo cuarto en el año setenta y cinco de su edad. Paladio, despues de haber dicho en el elogio que de él hace una parte de lo que hemos referido, lo termina con estas palabras: « He ahí la santa y religiosa vida que ha llevado este invencible soldado de Jesucristo, por la cual ha merecido ocupar un lugar entre los más grandes santos. Pué ordenado de sacerdote y murió en Sceté, siendo de edad de setenta y cinco años, y habiendo dejado setenta y cinco discipulos. »

Preséntase aqui una dificultad la cual no es facil de resolver. Se ha hablado en las *Vidas de los Padres* de un San Moisés, solitario de Sceté, que fué martirizado por los Maziques¹ con otros seis hermanos que encontraron en su celda. La relacion de este martirio, tal como se ve en

¹ Las Maziques, así como los Blumios, eran colonias llamadas Etipos.

estas vidas, hace al instante presumir que se refiere al santo de quien hemos hablado. He ahí lo que ella contiene : (Vit. P.P. t. 5 lib. 18 § 13 y 14) « El abad Moisés de Sceté decia : Si somos fieles en observar los reglamentos de nuestros padres, yo os prometo por la confianza que tengo en Dios, que los bárbaros no vendrán á este desierto (eran los Mariques, nacion cruel situada en las cercanias de aquel desierto); pero si no las observamos, este lugar se verá desolado. Sucedió pues que hallándose algunos hermanos un dia conferenciando con él en su celda, les dijo : « Los bárbaros vendrán hoy á Sceté ; andad y salvaos huyendo : » — « Y vos, padre mio, le dijeron . ¿ no huiréis tambien ? » Y él les respondió : « Hace mucho tiempo que estoy esperando este dia para verificar lo que mi Señor Jesucristo ha dicho : *Todos los que tomen la espada, morirán por la espada.* » Los demás hermanos le dijeron : « Nosotros tampoco huiremos, y moriremos con vos ; » y él les respondió : « Yo no soy la causa de ello, y cada uno de vosotros puede ver lo que tiene que hacer. » Y aquellos hermanos que le hablaban de esta manera, eran, siete. Y en aquel momento vieron á los bárbaros que se acercaban y entraron al instante en la celda en la que les mataron á todos menos á uno, el cual, por la fragilidad humana, fué sobrecogido de terror, y se ocultó detrás de las esteras de palma ; y allí vió bajar del cielo siete coronas y colocarse sobre la cabeza de Moisés y de los otros seis que con él habian sido muertos. »

Tal es la relacion del martirio de San Moisés y de seis compañeros. Si debe entenderse de este del cual hemos hablado, segun parece por la aplicacion que se hace de las palabras de *Jesucristo : Todos los que toman la espada perecerán por la espada*, en lo cual se reconoce bastante á un penitente en otro tiempo jefe de ladrones, si es este digo, del cual debe entenderse, ¿ porqué Paladio habria omi-

tido una tan hermosa circunstancia de su muerte que tanto honor le hace ? ¿ Podia él ignorarla, él que habla de su sacerdocio, de su edad y del número de sus discípulos ? Este es uno de aquellos problemas de la historia que no pueden resolverse bien¹.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN MOISÉS EL ETIOPE Y SUS DISCIPULOS².

1º El abad Moisés decia : « Las pasiones por las que nos vemos agitados proceden de cuatro causas : De la abundancia del comer y beber, del exceso del sueño, de la ociosidad y de las chanzas, y finalmente de la vanidad en los vestidos. »

2º Decia tambien : « Un monge debe observar cuatro cosas sobre todas las demás : callarse, guardar los mandamientos de Dios, humillarse y sufrir la incomodidad de la pobreza. Es tambien necesario, añadia, que un monge lllore continuamente, que no pierda jamás el recuerdo de sus pecados, y que se ponga sin cesar la muerte delante de los ojos. Nuestras miradas y la confianza demasiado grande en nosotros mismos, son enemigos que con frecuencia vienen á combatirnos. »

3º Respondió á un hermano que le pedia algun buen

¹ Tillemont vió en Moisés el Martir á Moisés el Etíope. Los Bolandistas quedan en la duda y se limitan á decir que *quizás es el mismo*. No somos nosotros quienes hemos de dilucidar esta la cuestion.

² No es seguro que las instrucciones y sentencias dadas en las *Vidas de los Padres* y en la *Recoleccion de Cotelier*, como siendo de Moisés, sean todas de San Moisés el Etíope. Sin embargo nosotros las dejamos con su nombre como se ha hecho hasta aqui.